

Socialismo y problema nacional en el Perú

Alberto Flores-G.

Existe una imagen mitificada de José Carlos Mariátegui que lo presenta como el marxista ortodoxo por excelencia, el guía de la revolución socialista el sendero luminoso, el Amauta... Una imagen desmesurada y aplastante - en alguna medida revelada por los adjetivos anteriores -, que convierte al marxismo peruano en una glosa o simples notas a pie de página del pensamiento de Mariátegui. La veneración bíblica sustituye a la discusión. De esta manera, y a pesar suyo, Mariátegui acaba convertido en un obstáculo para el desarrollo del marxismo en el Perú.

Se hace necesaria la tarea poco grata de desmitificar a Mariátegui. El camino consiste en volverlo a ubicar en la historia, restituirlo a lo que realmente fue, a un hombre de su tiempo, para pensarlo, según una hermosa reflexión de Sartre, como "todo un hombre, hecho de todos los hombres y que vale lo que todos y cualquiera de ellos". En otras palabras, se trata de invertir algunas perspectivas al uso que estudian a Mariátegui como si hubiera existido solo, desligándolo de su contexto o enfrentándolo con otros solitarios. En los reiterados análisis de la polémica entre Haya y Mariátegui, ésta semeja una partida de ajedrez donde importan el movimiento de las piezas, los pensamientos y deseos de ambos jugadores y en cambio se puede prescindir completamente del contexto, del lugar y el tiempo en que se desarrolla la partida y por cierto de los espectadores. A la postre, por ese camino, se termina no entendiéndose nada y las preguntas fundamentales acaban siendo omitidas, empezando por la primera: ¿cómo se explica a Mariátegui? ¿por qué surge?

No hay que pensar a José Carlos Mariátegui como un hecho natural, como ocurriría en una respuesta mecánica contra su mitificación. Recordemos que no fue cualquier marxista o el simple ejecutor de una estrategia. Ultimamente se ha venido subrayando - gracias a las investigaciones de Melis, París y especialmente Aricó - la profunda originalidad de su pensamiento, creador y heterodoxo. En alguna ocasión escuchamos decir a José Delich que los peruanos, para liberarnos del lastre dogmático del estalinismo, no necesitábamos recurrir a Gramsci porque teníamos a Mariátegui. Entonces, cuando nos preguntamos por Mariátegui, no nos estamos preguntando por cualquier escritor, sino por un innovador que sabe introducir una manera de pensar a Marx hasta entonces no ensayada en la historia del socialismo.

Explicar a Mariátegui es una tarea tan vasta como compleja. Exigiría seguir los derroteros de su biografía, sin la fácil distinción entre la "edad de piedra" y la "edad madura", reuniendo todos los datos posibles, leyendo cuanto escribió (poemas y cartas incluso). Esta vida tendría que ser ubicada al interior de la sociedad peruana de ese entonces, en medio de la lucha de clases en la que persisten formas campesinas y tradicionales de protesta social, al lado de un naciente movimiento obrero. Pero para los hombres de la época de Mariátegui, el país se confunde con el continente a causa de esas grandes convulsiones que fueron la reforma universitaria (Argentina), la revolución agraria (México) y la lucha antiimperialista (Centroamérica). Finalmente, hay que recordar que Mariátegui - con alguna exageración - sostuvo que fue en Europa donde hizo su mejor aprendizaje, lo cual exige ubicarlo también en relación al impacto de la Revolución Rusa, los movimientos de masas de Alemania e Italia y el surgimiento de nuevas corrientes en el pensamiento marxista (especialmente Gramsci). Es una empresa de largo aliento, donde el biógrafo deberá recurrir al marxismo y al psicoanálisis (confluencia que no desagradaba a Mariátegui); al análisis de contenido y a las estadísticas; conocer por igual la historia del socialismo y la historia nacional, para tratar de mostrar la relación entre un hombre y su época, entre una vida y una sociedad. Pero aunque sea difícil, la tarea es necesaria para recuperar así una imagen material de Mariátegui, que sustituya al ícono.

En este artículo, de una manera muy breve, queremos tan solo sugerir una idea para la tarea de pensar históricamente el pensamiento de Mariátegui: cuando Mariátegui interroga al marxismo lo hará preocupado por el problema nacional, recogiendo de manera consciente una problemática que le permitirá entroncar al marxismo con la tradición cultural peruana y, a la vez, pensar al marxismo no desde una perspectiva individual, sino asumiendo una preocupación colectiva. Lo esencial de la obra de Mariátegui se resume en el esfuerzo por unir marxismo y nación; a su vez, como veremos en las páginas que siguen el problema nacional fue el punto nodal, el centro de los debates y las polémicas en la vida intelectual peruana durante la década de 1920.

El estudio del Perú y la incisión en los males nacionales no eran propósitos novedosos en la época de Mariátegui. Dejando a un lado antecedentes coloniales, estaba presente en el recuerdo de todos la prédica vitriólica de Manuel González Prada (1848-1918), quien en su crítica a las clases dirigentes del país expresó todo el malestar que dejó la guerra del Pacífico en los intelectuales peruanos. En respuesta a González Prada, algunos jóvenes de principios de siglo, miembros de la que después se llamaría "generación del 900", ensayaron estudiar aspectos de la vida peruana en libros como **Le Pérou Contemporain** (1907) de Francisco García Calderón. Pero, prueba que se trataba de una preocupación propia de una élite, un libro tan importante como el anterior, fue publicado en París, escrito en francés (lengua que el autor dominaba como cualquier oligarca culto) y nunca traducido al español.

En la década de 1920 la preocupación por el problema nacional adquiere una dimensión generacional para agrupar en torno a ella a un conjunto numeroso de intelectuales, procedentes de las capas medias provincianas, con sentimiento antioligárquico, que en la historia literaria, la economía, la geografía, la pintura o la política tratan de responder a una pregunta aparentemente demasiado simple: ¿qué es el Perú?. El Perú se convierte en un **tema reiterado**: se trata de estudiar al conjunto del país, a todos sus aspectos y a todos sus hombres para lo cual el género adecuado es el ensayo que, liberado de obstáculos eruditos permite una aproximación mejor a la totalidad. Pero el Perú no es sólo un tema; mejor dicho es un **problema**, parafraseando el título de un libro célebre, **Perú problema y posibilidad** (1931) de Jorge Basadre. Es un problema porque casi todos, a diferencia de la generación anterior, admiten que el país no es una nación, pero pocos están de acuerdo sobre los caminos para construir esa nación. Por lo mismo que no existe, el Perú es también una esperanza, un deseo o una aspiración, una **tarea** que debe asumirse colectivamente y que adquiriría perentoria actualidad frente a la "decadencia de occidente", mostrada en esa incomprensible matanza que fue la Gran Guerra. Entre los escritores peruanos tiene gran acogida la lectura de Oswald Spengler, Henri Barbusse y Marcel Proust, testimonios, cada uno a su manera, del ocaso europeo. Otros pueblos resurgirán en el panorama de las civilizaciones. Es por todo esto que en la construcción de la nación se hacía preciso sustituir los modelos provenientes de Europa por fuentes nacionales, idea que se resumía en la frase de Gastón Roger, "peruanicemos el Perú", después utilizada por Mariátegui. Era una redundancia necesaria en medio de una sociedad que hasta entonces se había reforzado por vivir una artificial imitación, condenándose a ser sólo un "eco de ecos" de París, Londres o Nueva York.

Para Mariátegui, el Perú era una posibilidad de nación. Quería decir que si bien su proceso de conformación había sido interrumpido y distorsionado por el colonialismo, existían las bases sobre las cuales terminaría levantándose. Las fuentes donde había que sustentar al nuevo Perú eran en lo fundamental tres: a) la tradición cultural mantenida y desarrollada por los intelectuales de avanzada, especialmente por la vital corriente indigenista, donde por medio de la reivindicación de lo indio, los escritores buscaban articularse a las amplias masas campesinas; b) los movimientos populares, al interior de los cuales Mariátegui llamó la atención sobre la necesidad de hacer la crónica de las luchas obreras y estudiar las rebeliones campesinas del presente (el caso de Rumi-Maqui, en Azángaro, 1915) y del pasado (Tupac Amaru, en Cuzco, 1780); c) la experiencia histórica del pasado autónomo, anterior a la conquista, en el que se había desarrollado un "comunismo agrario" todavía supérstite en las comunidades campesinas. Este "comunismo agrario" mostraba que el socialismo en el Perú tenía antecedentes y podía encontrar en el campo andino ciertas formas, elementos y relaciones sociales en las que apoyarse. En la medida en la cual el socialismo recogiera la tradición colectivista del incario, cumpliría con retomar la tradición nacional, dejaría de ser extraño al país y sería el instrumento imprescindible para la construcción de la nación peruana.

La imagen del "comunismo incaico", fundamental en la concepción de Mariátegui, era verosímil en su época. Se podía encontrar sustento para ella en los estudios del antropólogo alemán Cunow. La difundida lectura del Inca Garcilaso, aparte de fomentar una cierta añoranza por la sociedad perdida de los Incas, mostraba una imagen benévola del imperio, opuesta a cualquier formulación "esclavista" o "feudal", de manera que para un marxista sólo quedaba pensar en una prolongación tardía y peculiar - en comparación con Europa - del comunismo. Pero esta última observación mostraba por añadidura que la historia del Perú era diferente a la del mundo occidental: no habían seguido los mismos caminos.

Pero si Mariátegui en los 7 **ensayos** empieza refiriéndose a la "evolución económica" y siente la necesidad de partir de los Incas, en una época en la que escasos estudios antropológicos y un retraso de la arqueología hubieran justificado, en una visión global del Perú, comenzar de fechas más recientes, es porque ese largo retroceso temporal se justificaba en la perspectiva de una revolución social que no sólo respondería a los problemas inmediatos del país, sino que estaba llamada a transformar al conjunto de la sociedad peruana, de ayer y de hoy, para así poder solucionar el problema nacional.

Responder al problema nacional exigía rescatar la "verdadera" tradición, insertarse en la historia de un país; pero la nación además de esos elementos requería del aporte creador que sólo el entusiasmo colectivo, la acción de las masas, podía aportar. Recordemos que José Carlos Mariátegui se aproximó al marxismo seducido por la acción obrera: en 1919, desde las páginas de **La Razón** supo manifestar su simpatía por los obreros limeños que querían conquistar las ocho horas. Desde entonces nunca perdió un entusiasmo esperanzador en los movimientos sociales que lo aproximaría a autores que como Sorel valoraban la acción o lo llevarían a simpatizar con revolucionarios como Lenin. El problema nacional, visto en esta perspectiva, era importante en la medida en que fuera un problema colectivo.

La preocupación por la nación, en la década de 1920, trascendió a las casas de intelectuales, los cafés o las redacciones de revistas, para propalarse entre las capas medias y los sectores populares urbanos del país. Esto era un criterio de verdad, una justificación necesaria para el tema, entre los contemporáneos de Mariátegui para quienes la validez de una idea se medía por su arraigo popular. En efecto, el problema nacional aparece en las obras de teatro de la época: en Lima se habían reiterado con gran éxito y apoyo del público las representaciones de **El Cóndor Pasa**, obra inspirada por la desastrosa presencia de la empresa americana Cerro de Pasco en la sierra central. Las primeras filmaciones del cine peruano aparecen inspiradas por temas del país. Las novelas populares de los años 20 tienen como argumento la caída del Imperio Incaico, las desventuras de Atahualpa, la conquista del Perú. Los motivos indigenistas - ambientes rurales y campesinos -, aparte de la pintura, figuran también en las artes tipográficas, por lo cual **Amauta**, la revista fundada por Mariátegui, acierta al escoger ese nombre

y gracias a un Sabogal inspirado en el Cuzco, el logotipo correspondiente. La música rescata la escala pentafónica y los instrumentos andinos.

El espíritu nacional llega a la propia vida cotidiana. En las ciudades de la costa, una dieta organizada antes a la imitación de la francesa o la italiana, admite platos nacionales como el ceviche, la papa a la huancaína, etc. El ají, el camote, los choclos se vuelven indispensables en la cocina de las clases medias. La marinera, para referirnos a los bailes, es ejecutada en los salones y el criollismo, recogiendo el bagaje cultural costeño, consigue cierto esplendor.

Para entender todos estos acontecimientos es preciso siquiera mencionar los grandes cambios que experimenta el país: inicio de las migraciones (Lima pasa de 200.000 habitantes en 1920 a 300.000 diez años después); expansión de la red vial (ferrocarriles, carreteras, camiones, automóviles); incremento de los flujos mercantiles y monetarios. En otras palabras: comienza a conformarse el mercado interior. Este es el sustento material que permite, como no había ocurrido exactamente antes, pensar al Perú como una totalidad, incluyendo costa, sierra y selva y a todos sus hombres. La transmisión de ideas y noticias se acelera. Unas cartas de la década del 20, intercambiadas entre Lima y Azángaro, permiten constatar que mientras un corresponsal informa sobre las huelgas de Lima y la presencia de ideas anarquistas, el otro le responde al poco tiempo reseñándole las revueltas campesinas que convulsionan a su provincia. Para comprender la importancia de estos hechos debemos indicar que en el siglo XIX a Lima apenas llegaban resonancias lejanas y apagadas de las rebeliones sociales andinas. Emilio Romero ha recordado el asombro que causó en los años 20 ver por primera vez indígenas, con sus vestimentas tradicionales, por las calles de la capital o hablar sobre "cosas de serranos" en los colegios. De otro lado, cuando en los caseríos de la sierra se izaba la bandera nacional, este hecho no tenía el menor significado para los campesinos. Todavía no era una nación el Perú, pero los cambios que marcan el inicio del siglo XX permitían, como nunca antes, esbozar su posibilidad en el horizonte.

El proceso de desarrollo del mercado interior fue acompañado por esa avalancha que fue la expansión imperialista. El imperialismo obliga a plantearse el problema nacional porque significa la dominación de una potencia extranjera y también, porque su presencia se dará en los más variados lugares del país, como el desierto norteño (International Petroleum), las punas de la sierra central (Cerro de Pasco), la selva amazónica (compañías caucheras) y en las fábricas textiles (Grace). Fue un fenómeno que tuvo dimensión nacional.

Así como surgen exaltadores de lo nacional, todavía persisten otros (como las "huachafitas" de las que se burlará Mariátegui), para los cuales lo extranjero es sinónimo de prestigio y calidad. Las empresas americanas no ocultan, en esos años, su procedencia. En Talara y Cerro se izaba la bandera estadounidense; los dueños de Casa Grande, una plantación azucarera de la costa norte, levantaban el pabellón alemán. El prolongado régimen de Augusto B. Leguía (1919-1930), en

estas circunstancias, ensayó el proyecto de desarrollar el capitalismo buscando una articulación entre el estado y las empresas imperialistas. El oncenio, en la concepción de muchos intelectuales terminará representando un esfuerzo por "desnacionalizar" aún más el país y el nacionalismo por lógica contrapartida, será una manera de manifestar la oposición a un gobierno dictatorial.

Decíamos que el Perú era un problema: una pregunta en torno a la cual se agolpaban angustias e incertidumbres. La explicación de esta dimensión peculiar del problema se encuentra, además de las circunstancias reseñadas, en dos acontecimientos decisivos: los movimientos campesinos y la guerra del Pacífico.

Después de la sublevación de Rumi-Maqui, en la que se combinó la lucha contra los gamonales con el anhelo de recuperar el Tahuantinsuyo, entre 1919 y 1923 los Andes del sur del Perú se vieron sacudidos por una sucesión de rebeliones campesinas que se producen en los departamentos de Arequipa Tacna, Puno, Apurímac, Cusco. Este último parece ser el más afectado. Los levantamientos no sólo repiten la clásica contradicción hacienda-comunidad, sino que, de manera hasta entonces inédita en la historia andina ocurren también en el interior de las haciendas: los colonos ocupan sus parcelas y en muchos lugares, como en los alrededores de Sicuani, los terratenientes se refugian en las ciudades y abandonan temporalmente sus propiedades. Mariátegui conoció indirectamente todos estos acontecimientos, en las versiones de los delegados del sur que vinieron a Lima para el Congreso de la Raza indígena (1923) y gracias a su amistad con Ezequiel Urbiola, líder campesino puneño. Estos congresos, junto con proyectos provenientes del movimiento indigenista, representan en la década del 20 intentos por articular al movimiento campesino con otras fuerzas sociales. En función del problema nacional, la sublevación, campesina al reivindicar el pasado indígena cuestionaba por la vía de la praxis la imagen oficial del Perú y de su historia, aparte de plantear de una manera vivida la pregunta sobre quiénes conformaban realmente el Perú: esa minoría blanca de la costa, occidental y urbana o esas masas andinas, iletradas, que mantenían con terquedad una lengua, costumbres y cultura a pesar de la Colonia y la República.

La guerra del Pacífico, antes que el imperialismo, fue un acontecimiento que afectó al conjunto del país: primero fueron los apartados escenarios del sur (Tarapacá y Arica), luego el conflicto llegó hasta la propia capital del país y de allí, a causa de la pertinaz resistencia, se irradió a la costa norte, las serranías de Cajamarca y los Andes centrales; repercusiones menores se hicieron sentir a través de la ocupación, movilizaciones de tropas y recursos en Arequipa, Cusco y Puno. La pérdida territorial, el colapso económico, el comportamiento diverso seguido por las clases en el conflicto, dejaron un recuerdo muy vivo todavía cuarenta años después, en el Perú de Mariátegui. Pero lo que ayudaba a mantener ese recuerdo es que, por el problema no definido de Tacna y Arica, en cierta manera la guerra se prolonga hasta 1929. El tema de las llamadas "provincias cautivas" inspira canciones, artículos, conferencias y libros. Para los habitantes de esos territorios un problema muy específico era definirse peruanos (o chilenos).

Quienes seguían de cerca estos acontecimientos, no pudieron dejar de preguntarse qué era ser peruano, por qué serían diferentes a los chilenos.

El recuerdo de la guerra del Pacífico y la presencia del imperialismo confirieron esa dimensión colectiva del problema nacional peruano, que implicará también a la naciente clase obrera. De muchos modos, el proletariado era hijo directo del imperialismo. Las empresas norteamericanas o inglesas reunían la más alta concentración de trabajadores. Los sectores más importantes de la naciente clase estaban ubicados en la agricultura de la caña (30.000 braceros concentrados básicamente en los departamentos de Lambayeque y La Libertad) y los mineros (27.000 operarios de los cuales 10.000 trabajaban para una sola empresa, la Cerro de Pasco Corp.) Era comprensible que en la conciencia de los trabajadores, sus primeras reivindicaciones (jornada de trabajo, salarios) se confundieran con el rechazo a las empresas extranjeras. La conciencia nacional, de esta manera, terminaba precediendo a la propia conciencia de clase. Mariátegui no perdió de vista la potencialidad revolucionaria de la conciencia nacional en un país como el Perú (atrasado y dependiente) y más aún, cuando ella se arraigaba en el movimiento obrero. Fue por eso que "apostó" -si se nos permite la expresión- al liderazgo que alcanzarían los mineros en el movimiento popular: aparecían cotidianamente enfrentados a la mayor empresa imperialista y sus lazos todavía fuertes con el campesinado, los ubicaban en condiciones ideales para liderar un partido que como el Socialista, quería tener una composición obrera y campesina. Además en contra de la Cerro de Pasco, en la década de 1920 se gesta un movimiento antiimperialista de gran envergadura: ocurre que los humos de la recién establecida fundición de la Oroya (1922) afectan a la agricultura y ganadería de la región, motivando la lógica oposición de los comuneros y pequeños propietarios, que consiguen la solidaridad de los pobladores de Huancayo y Jauja, al lado del apoyo de agrónomos e ingenieros; presentan memoria les, protestan y se organizan ... El sentimiento nacional, como siempre, aparece por negación ante algo que se califica de extranjero, y logra cohesionar a diversas clases sociales. La lucha contra los humos de la Oroya podía ser la antesala de futuras movilizaciones del mismo estilo. Mariátegui aprendió el nacionalismo de sus contemporáneos peruanos. Para ello -como señala José Aircó-, le sirvió de muy poco la experiencia europea o el marxismo, pero ese nacionalismo fue el elemento decisivo para hacer de Mariátegui un escritor profundamente peruano, partícipe de las inquietudes de otros intelectuales de su país, comprometido con su tiempo y a la vez un creador en el terreno del marxismo. La originalidad de Mariátegui y su aporte para la historia del socialismo radica en su compenetración con el Perú y su vida cultural. Perteneció a la historia del socialismo mundial porque primero fue aunque parezca contradictorio -acendradamente peruano: el nacionalismo terminó envolviendo a la biografía de Mariátegui.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 47 Marzo- Abri de 1980, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.